

JOSE FELIX TEZANOS
(ed.)

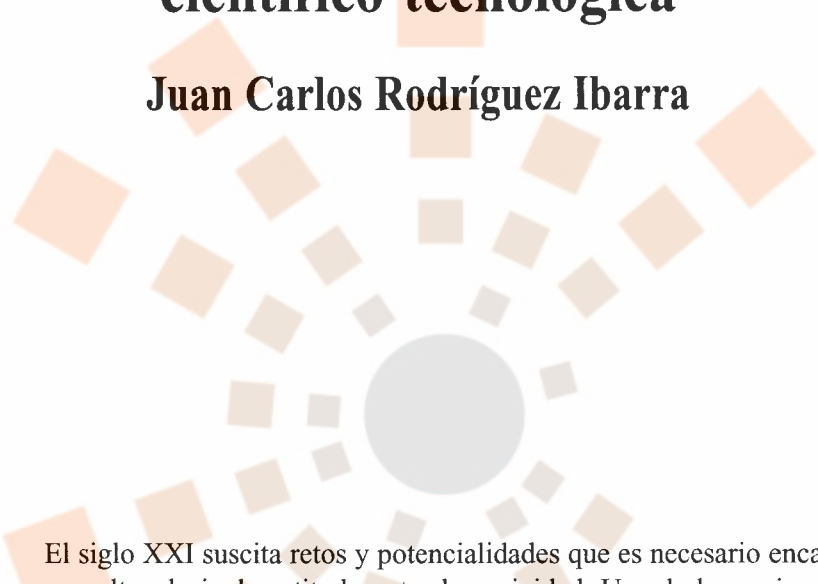
**INCERTIDUMBRES, RETOS Y
POTENCIALIDADES DEL SIGLO XXI:
GRANDES TENDENCIAS
INTERNACIONALES**

UNDECIMO FORO SOBRE TENDENCIAS SOCIALES

EDITORIAL SISTEMA

Las potencialidades del siglo XXI: la capacidad de innovación y dinamismo de la revolución científico-tecnológica

Juan Carlos Rodríguez Ibarra



El siglo XXI suscita retos y potencialidades que es necesario encarar con altas dosis de actitud contra la pasividad. Una de las mejores herramientas para ello es la palabra, porque el lenguaje es un instrumento sin parangón para cambiar las cosas. El lenguaje sirve para describir el mundo y, tal como referían las explicaciones escolares, tiene seis funciones: la emotiva, la conativa, la referencial, la metalingüística, la poética y la fática. Esto se enseñaba en la escuela y también puede aprenderse en la vida cotidiana. “*La realidad está ahí y el lenguaje intenta describirlo*”, bien con emociones, con sentimientos, con narrativa, con poesía, etc. El lenguaje describe –de la forma que sea, con los géneros que sea y con las funciones que sean– lo que existe en la realidad, que estaba antes que nosotros.

Pero el lenguaje, además de transmitir información, con las funciones que los lingüistas explican, sirve también, fundamentalmente, para cambiar la realidad. Si yo tuviera poder –si yo fuera Bush– y hubiera

dicho: “*declaro la guerra*”, pues ese lenguaje, esas palabras unidas una con otra, una vocal con otra, un fonema con otro, provocarían un cambio radical en la realidad del país que declara la guerra y del país al que se le declara la guerra. Si yo tuviera autoridad y fuera alcalde, o cura, y pudiera decirle a una pareja: “*les declaro marido y mujer*”, la realidad cambiaría de un momento a otro, cambiaría la vida de la gente. Por ello, el lenguaje, además de otras cosas, sirve fundamentalmente para cambiar, para transformar el mundo en el que vivimos. Y aquel que tiene la capacidad de transformar el mundo en el que vivimos a través de la palabra es calificado como líder. Por ejemplo, desde hace tiempo se ha venido diciendo que el Presidente del Barça, el señor Laporta, quiere ser líder, y como buen líder de Cataluña que quiere ser sabe que lo primero que tiene que hacer es meterse con el Presidente de la Junta de Extremadura. Si no, no es nadie.

Con el lenguaje, además de transformar la realidad, también se pueden hacer —y se realiza diariamente— una serie de actividades que al final son prácticas sociales que repetimos de forma recurrente. Es decir, a alguien se le ocurre algún día hacer una práctica social de una forma, y todo el mundo repite esa práctica social como consecuencia de la recurrencia en hacer las cosas. Por ejemplo, la práctica social de responder al teléfono, de tal manera que cuando le llaman a uno no dice: “*oiga usted es un imbécil, ¿por qué me llama a esta hora?*”. Esto no se dice... Normalmente, se dice “*dígame*”, como una práctica social. Así hay formas de relacionarse afectivamente, amorosamente, y prácticas sociales a la hora de hacer negocios o a la hora de educar a nuestros hijos... En definitiva, el lenguaje traduce prácticas sociales que se van afianzando con el paso del tiempo y todos lo hacemos de la misma forma.

Bien es cierto que hay culturas donde las cosas funcionan de una forma distinta. Por ejemplo, en Cuba no existe la práctica social del cultivo individual de la tierra, porque en Cuba la tierra se cultiva colectivamente, y por lo tanto allí si uno va preguntando sobre las prácticas sociales que aquí se suelen hacer para decir que uno cultiva la tierra individualmente, no le entienden, porque la tierra allí se cultiva colectivamente. O si visitáramos, por ejemplo, a una tribu del Pacífico que no conoce la civilización occidental y llegáramos allí con unas monedas de oro, seguramente no sabrían qué es. A lo mejor si les ponemos las monedas allí y brillan con el sol, reaccionan con cualquier rito de tipo religioso pensando que están ante un hecho sobrenatural. Es decir, hay prácticas sociales que en unas culturas se confunden o se interpretan de una forma distinta a como se hacen en otras.

Algunas veces, esas prácticas sociales cambian sin que nos demos cuenta. Por ejemplo, cuando se acude a escuchar una conferencia se realiza el ejercicio de apagar el móvil y cuando se termina se vuelve a conectar el aparato para comprobar si ha habido llamadas. Esto significa que se ha transformado la práctica social a la hora de relacionarnos con el teléfono, porque cuando no existía el móvil, si alguien llamaba a una casa y no se cogía el teléfono, el que llamaba entendía que si no respondías era porque no podías, estabas fuera, estabas trabajando. Ahora no. Cuando se pone en marcha el móvil después de tenerlo apagado, es necesario justificarse y decirle a la persona que nos ha llamado “*perdona, estaba escuchando una conferencia... no podía llamar..., etc.*” Es decir, la privacidad ha cambiado como práctica social desde que existe este aparato. Ahora ya no se responde porque no se pueda, sino porque no se quiere.

1. EL PAPEL DE LA INFORMACIÓN

La información también ha cambiado como práctica social con consecuencias evidentes en el sistema educativo, en la autoridad del profesor, del padre, etc. De tal manera que se ha pasado de lo que se podría llamar el momento de “*todos para uno*” situado en la Edad Media, cuando los monjes escribían sus libros a mano para que sólo una persona pudiera utilizar esa sabiduría –porque el Príncipe era casi el único que sabía leer y todos los demás eran analfabetos–, al momento actual, en el que a partir del invento de la imprenta, que propició con el tiempo la llegada de la prensa escrita y a continuación la radio y la televisión, se invirtieron los términos y se ha llegado al “*uno para todos*”. Por ejemplo, se puede ver cómo en un telediario una sola persona informa a millones. Pero esa práctica social que cambió cuando se inventó la imprenta y cuando se inventaron los modernos medios tecnológicos del siglo pasado, ahora ha cambiado también. Ahora ha aparecido una nueva tecnología y ya no estamos ni en el “*uno para todos*” ni en el “*todos para uno*”. Ahora estamos en el “*todo para todos*”, de tal forma que ahora más de seis mil millones de personas pueden informar a más de seis mil millones, y seis mil millones pueden recibir información de seis mil millones. Por lo tanto, actualmente la forma de informarse, de recibir y emitir la información, como práctica social, también ha cambiado.

Estas transformaciones están provocando un conjunto de cambios que algunos editores de prensa escrita todavía no han entendido. Los editores de periódicos, que piden al Gobierno que les haga un plan de

rescate como ocurre a los coches, no han entendido que están ante una tecnología obsoleta, propia del siglo pasado, e incluso de hace dos siglos, que ahora ya no funciona. Es comparable a alguien que tuviera un canal de televisión que emitiese en blanco y negro. No lo vería nadie. Y se va al Gobierno a pedir dinero porque a él le gusta emitir en blanco y negro. No lo ve nadie, pero le gusta mucho. Claro, alguien le tendrá que decir: “oiga, es que la tecnología de hoy es TDT, en color, etc., con televisores grandes, de plasma, etc..., y por lo tanto su tecnología es muy antigua, así que usted puede hacer lo que quiera, incluso arruinarse o suicidarse, pero no puede venir aquí a pedirnos que gastemos los recursos económicos públicos en cosas que están acabadas”, porque la práctica social de recibir la información ha variado respecto a la práctica social que existía en otras épocas.

Y esos cambios han llegado casi sin darnos cuenta. Pero hay veces en que las prácticas sociales cambian porque alguien decide que cambien. Alguien dice: “esto se va a hacer de otra forma”, “esto va a funcionar de otra manera”, “esto va a ser diferente a como ha sido hasta ahora”. Y cuando uno decide conscientemente transformar las prácticas sociales, y le sigue la gente, entonces estamos ante un líder. Es decir, alguien que tiene la capacidad de cambiar las cosas mediante la palabra y que decide conscientemente cambiarlas, porque cree que las prácticas sociales que se están haciendo están superadas por las circunstancias, por la tecnología, etc.

Las prácticas sociales, al final, no son más que juegos. Algo que alguien inventó, como la Democracia –la Democracia es un juego–. Y como las palabras, el lenguaje es un juego. Es decir se une esta palabra con esta y da esto. Al final son juegos. Y los juegos, como es sabido, tienen dos tipos de reglas: las reglas constitutivas y las reglas estratégicas. Las reglas constitutivas, por ejemplo, con el juego del fútbol. Sabemos que se juega con once jugadores, con dos equipos, en un campo de noventa y seis metros, no se puede jugar fuera de la raya, etc. Así, hay una serie de reglas constitutivas, de tal forma que si no se sigue la Constitución por la que ese juego se creó, estaremos ante otro juego distinto. Si en lugar de once jugadores juegan siete, pues estamos ante el fútbol sala. Y si juegan cinco estamos ante *futbito*. Pasa lo mismo con el ajedrez, o el parchís o lo que sea. El ajedrez requiere un tablero, dos jugadores, dieciséis fichas, un tablero cuadrado ocho por ocho, etc., y tiene una serie de reglas. ¿Qué es lo que hace la mayoría de la gente? La mayoría juega al juego o efectúa práctica social, como jugar con el ordenador. Si uno juega al ajedrez contra un ordenador, el ordenador

siempre juega de la misma forma. A lo que tú haces responde igual que las veces anteriores. Tú abres una apertura de tal forma y el ordenador responde siempre de la misma forma, como está escrito, como dicen las reglas. Sin embargo de vez en cuando hay personas que dicen: “yo no voy a hacer esta apertura, sino que me invento una apertura que nunca se hizo antes, porque la he estudiado y entiendo que con esta apertura voy a ganar”. Y cuando gana, todo el mundo se apunta a esa nueva práctica social. Eso ya no es una regla constitutiva, porque ha movido el peón como dice la Constitución del ajedrez, lo que pasa es que ha inventado una estrategia que no existía antes. Y a aquel que hace una estrategia que no existía antes, y da resultado, y es exitosa, se le llama líder.

¿Todo el mundo puede ser, por lo tanto, un líder? Pues depende de la capacidad que tenga de interpretar el mundo. Es decir, todo el mundo es capaz de hacer combinaciones estratégicas, todo el mundo sabe por dónde va a ir Messi, porque todo el mundo piensa que iría por donde va Messi. Lo que pasa es que Messi hace una estrategia distinta y se va por el sitio donde no le espera nadie. Por eso triunfa. Por eso es un líder. Porque sale por donde nadie lo espera. El resto de la gente, cuando ya ve que por ahí se va bien, entonces va también por ahí, hasta que aparezca otro que diga: “ahora yo no me voy por aquí, sino que me voy por allí”, siendo exitoso.

Entonces, ¿quién puede hacer todas esas cosas? Aquel que sea capaz de distinguir, de mirar el mundo, de conocerlo y cambiarlo. Pero para poder ver el mundo y cambiarlo hay que distinguir las cosas que existen en él. Por ejemplo, yo nunca sería capaz de hacer nada en astronomía, porque yo miro el cielo y sólo veo estrellas. Sólo estrellas. Pero hay gente que dice: “no hombre, no, además de estrellas hay meteoritos, Vía Láctea...”. Y claro, si distinguen muchas cosas que yo no distingo, son capaces de hacer composiciones y combinaciones distintas. Y hacen combinaciones, y son capaces de sacar algo nuevo, de innovar, de descubrir algo que aquel que no distingue no puede hacer. Si yo invito a gente a cenar a mi casa y no distingo entre una mesa y una silla, como pasa en algunas culturas..., malamente podré hacer una combinación mesa-silla, y no podré, por lo tanto, realizar estrategia alguna que permita que la cena sea un éxito, porque no sé distinguir esas dos cosas. Pasa en muchas culturas..., que no distinguen las mismas cosas que los demás. El que sea capaz de distinguir más cosas que otros en el entorno en el que mira está en condiciones de dar el paso siguiente, que es transformar esas cosas a través del lenguaje o de hacer combinacio-

nes que nunca nadie hizo antes y que pueden dar resultado para un futuro como el que estamos contemplando, que es el futuro del siglo XXI, un futuro lleno de incertidumbres.

Es decir, si nos encontráramos en el año 1900 y alguien dijera: “¿qué va a pasar en el siglo XX?”. Lo más plausible es que dijéramos: “lo mismo que en el XIX, con ligeras variantes”. Pero ahora ¿por qué nos preguntamos qué va a pasar en el siglo XXI? Pues porque van a pasar cosas que ni siquiera imaginamos. No somos capaces de ver lo que va a ocurrir dentro de cinco años, porque lo que pasó cinco años atrás ha sido tremendo. Y claro, la primera obligación que tendríamos, ahora que se habla de un Pacto de Educación, sería pensar “los críos que empezaron con tres años sus clases por primera vez en la escuela en toda España, cuando terminen el bachillerato será el año 2024”. Es decir, cuando salgan de la escuela con dieciocho años, y después de que estén quince años sentados en el pupitre, estaremos en el año 2024. Cuando terminen una carrera universitaria será el año 2030. Acabo de afirmar que “no sabemos lo que va a ocurrir dentro de cinco años”. ¿Sabe alguien, se ha puesto alguien a reflexionar, a razonar, a imaginar, cómo será el mundo en el año 2030? Porque allí es donde se encontrará la gente que está en el proceso educativo en estos momentos, que acaba de empezar. Por lo tanto, si pensamos que no va a pasar nada diferente de lo que está pasando ahora iremos directamente al fracaso. Y lo primero que habría que hacer para intentar liderar el proceso que se avecina es distinguir las cosas, cada uno dentro de nuestras competencias y con nuestra responsabilidad. Por ejemplo, lo primero que hay que entender es que la realidad, hasta hoy, siempre ha sido física, pero desde hace ya diez, o veinte años, la realidad es física y virtual. Y entender esto resulta de una trascendencia fundamental, de cara a los retos y las incertidumbres que tenemos planteados en el siglo XXI.

La segunda precisión que hay que hacer es comprender que hay cosas que existen desde hace muy poquito tiempo y que cuando están ahí será para algo. Por ejemplo, Internet existe a disposición del gran público desde el año 1995. Es decir, hace muy poco no existía Internet. En el año 1995 no existía. Luego gobernar ahora, educar ahora, hacer negocios ahora, como si no existiera Internet, es no estar asumiendo la realidad que existe en estos momentos. Hace solamente veinticinco años, o veinte, cuando comencé a gobernar en Extremadura, paraba en Navalmoral de la Mata cuando iba a Madrid y en un restaurante llamaba por teléfono, porque no había teléfonos móviles. Mi hija no se lo cree, pero no había teléfonos móviles. Por eso, gobernar ahora, o hacer

negocios, o educar, sin darse cuenta de que existe el teléfono móvil es fracasar. Hay gente que dice: “yo el teléfono móvil nada más lo tengo para llamar”. Está bien, pero la respuesta es “¿que no se lo hubiera comprado?”. Es como el que se compra un coche de seis velocidades y dice: “yo nada más meto la cuarta, como siempre”. Pues, ¿para qué se compra ese coche? Se debería haber comprado uno de cuatro velocidades. Tanto Internet como el móvil, además de para llamar, sirven para unas cuantas cosas más, y permiten abarcar la globalización de una forma diferente a como ocurría hace sólo unos años. No todo el mundo lo hace. Si en una sala repleta de gente se pidiera que levantasen la mano todos los que tienen teléfono móvil, seguramente la levantarían todos. En cambio, si se solicitara que levantaran la mano los que tienen teléfono móvil y usan Internet con el móvil, seguramente la cosa estaría más limitada. Separando ambos grupos estaríamos hablando por una parte de gente analógica y, por otra, de gente que ha emigrado a la digitalización. Y eso, ¿tiene importancia? Por supuesto, tiene mucha importancia.

Cuando uno habla de estas cosas mucha gente se queda mirando al móvil o al ordenador, y piensa que el artilugio no tiene ninguna importancia. Me recuerda cuando yo era muchacho y empezó la televisión, y las madres hacían paños de ganchillo para los televisores, le ponían encaje por encima, porque estaban absolutamente alucinadas, ensimismadas, con aquel nuevo aparato que de pronto te hace ver otras cosas distintas que antes no veías. Pero la televisión en sí no tenía tanta importancia, lo importante era que se había generado esa nueva tecnología. Como cuando aparece la máquina de vapor, y lo que se genera es un nuevo modelo de sociedad, una nueva forma de hacer negocios. Y la gente no se ponía a decir: “a ver cómo es la máquina de vapor, a ver cuántos pistones tiene, a ver cuántas bielas tiene”. Yo nunca lo escuché, y ahora todo el mundo dice: “es que yo...”, “es que el ordenador...” Pero eso no importa, no tiene ninguna importancia. Si dentro de dos años ya no habrá ni ordenador, si ya entrará la información como entra la luz y el agua... Enchufas y ya está disponible. Yo no sé nada de kilovatios ni de vatios ni de nada, pero sé que le pulso a un interruptor y se enciende luz, la bombilla se enciende. Así que no sé a que se debe la ensoñación con el aparato y con el cacharro, porque eso no tiene ninguna importancia ni valor. Pero hay que reconocer que antes no existía y ahora existe.

Google hace sólo diez años que existe, sólo diez años. ¿Cómo podíamos informarnos antes sin Google? Parece mentira, pero los *blogs*

hace ocho años no existían. A mí me decía no hace mucho una persona: “¿y tú cómo no tenías un blog cuando fuiste Presidente?”. “Porque no había” –tengo que responder–. Así que el actual Presidente lo tiene, claro. Yo no, porque ningún líder en aquel tiempo fue capaz de inventar una cosa que por lo visto es bastante importante para relacionarse de una forma diferente con la gente a como nos relacionábamos antes. Pero es que ahora se le dice a un crío de doce años que sólo hace siete años, es decir hace nada, no se podían mandar sms, y nos dice: “¿que no se podían mandar mensajes hace siete años?, no me lo creo, ¿Cómo vivir la vida sin mandar un sms?” Pues hace siete años no existían los sms. Y Youtube hace solo cuatro años que existe, sólo cuatro años. Y las redes sociales, Facebook, Tuenti, Twitter... existen solamente desde hace dos o tres años ¿Cómo vivirían los jóvenes de 15, 18, 20 años sin Tuenti en España? ¿A quién les enseñarían las fotos que se hicieron durante el fin de semana? Pues todas esas cosas no existían, y quien no sea capaz de entender estos cambios será bastante difícil que pueda relacionar unas cosas con otras y que pueda relacionar la sociedad que tenemos con las nuevas tecnologías que han aparecido. Que no son un capricho, sino que son instrumentos que habrá que ver si somos capaces de utilizarlos.

2. LAS NUEVAS FRONTERAS

A esto habría que añadir, además, que antes la distancia se medía en kilómetros, y ahora se mide en tiempo. Cuando viajo a Madrid no sé cuántos kilómetros hay, sé cuánto tiempo tardo. Pero el tiempo ahora ya no se mide en segundos, sino en nanosegundos, y en unidades todavía más pequeñas. El centro y la periferia ya no existen. Antes se decía: “¿como estamos en la periferia...!”. Incluso algunos, además, “en la periferia de la periferia... pues tenemos dificultades”. ¿Dónde está el centro de Internet? No existe el centro de Internet. Internet es un bien mostrenco, está por ahí, como el aire. Por lo tanto, si no hay centro ni periferia en este mundo, todas las limitaciones de la periferia han desaparecido. Luego uno puede hacer cosas que antes no hacía, porque somos conscientes que ya no estamos ni en el centro ni en la periferia, que todo el mundo puede estar o no estar en la periferia y todo el mundo puede estar en el centro.

Las fronteras son un concepto del siglo pasado. Las fronteras ahora se refieren a los territorios que están conectados y los que no están conectados. Esos son los nuevos límites: los conectados y los no conec-

tados. Y uno puede estar aquí, en el mundo conectado, o estar en el desconectado. Si uno está desconectado de la Red, los retos del siglo XXI serán bastante más difíciles de abordar que si uno está conectado, porque ahora disponemos de una tecnología que antes no existía.

Cuando yo oigo hablar ahora de identidad, como hacen los nacionalistas, pienso que eso es una cosa arcaica, antigua. Yo estuve el verano pasado en Barcelona, con la Rectora de la Universidad Abierta de Cataluña, una universidad virtual, en la que los alumnos no van a clase pero tienen una tecnología. Y allí durante cinco o seis horas todos teníamos la misma identidad: la Señora Rectora y yo. Ella catalanista, nacionalista y yo extremeño, socialista, y no sé qué más. Pero ambos teníamos la misma identidad, porque los dos habíamos emigrado a la digitalización, y eso es lo que nos unía. No importaba de dónde éramos cada uno, de dónde veníamos ni la edad que teníamos. Éramos idénticos. Después nos sentamos a comer y en los cafés empezamos a hablar de ideología y ya nos peleamos. Pero, eso era otra cosa, porque eso ya no era la identidad. La identidad del siglo XXI es la que hace posible que uno esté siendo analógico o digital. Y cuando la identidad no se corresponde entre personas tiene menos importancia. Es decir, estamos ante realidades que producen algunos efectos que nunca se habían dado en la historia de la humanidad. Cuánta gente dice: *“yo el vídeo no lo uso, es mi hija o mi hijo el que lo hace o el que me manda los mensajes. Yo no sé nada”*. Bueno, es la primera vez que los de abajo, la generación que viene enseña a la que se va. Esto nunca había ocurrido antes. Siempre los mayores enseñaban a los pequeños. Ahora es al revés, quitando a Alberto Oliart, que ahora va a enseñarnos a todos, como Presidente de Televisión Española, las cosas ahora se producen de otra forma. Normalmente, la generación nueva enseña a la vieja. Pero eso no tiene mucha importancia ni trascendencia. Total, se trata de poner el vídeo, o mandar un mensaje por *sms*, o entrar en Internet. Ahora bien, cuando la identidad choca entre el que enseña y el que aprende, entonces estamos ante un conflicto y un problema tremendo para el futuro.

Cuando yo era muchacho, a los zurdos nos ataban la mano izquierda a la espalda, porque pedagógicamente se consideraba recomendable y obligatorio, porque con la mano izquierda no se iba a ningún sitio en aquel tiempo. Todos teníamos que escribir con la derecha. Hasta que los psicopedagogos descubrieron aquello de los hemisferios cerebrales... y dijeron: *“bueno, que cada uno escriba como quiera”*. Y, afortunadamente, ahora no se comete el disparate pedagógico de atarle la mano izquierda a los niños. Ahora se “ata” otra cosa. Ahora se “ata” la

digitalización de nuestros hijos, que durante dieciocho horas son digitales y durante seis horas al día son analógicos. Es decir, cuando llegan a clase, a la escuela, se les “ata” la digitalización a la espalda y se les dice: “*aquí, impera la analogía*”. “*Oiga, que yo vengo de la calle y yo soy digital*” –pueden decir los escolares–. “*Es igual, usted aquí es analógico*” –se le replica en muchas escuelas–.

Actualmente un laboratorio de los países subdesarrollados no se parece en nada a un laboratorio de los países desarrollados. En nada. Pero una escuela de campaña, de esas que ponen los de Cooperación, se parece como una gota de agua a otra escuela del mundo desarrollado. Los pupitres, la mesa, la tarima, la pizarra, la tiza, el profesor y los apuntes. Son iguales. Yo suelo poner el ejemplo del cirujano del siglo XIX. Si pudiéramos revivirlo y llevarlo a cualquier quirófano de cualquier hospital actual, y le preguntáramos: “*¿Esto qué es?*”. No sabría dónde estaba. “*Esto es un quirófano*” –le explicaríamos– “*¿Cómo?, ¿y eso qué es?*” –preguntaría–. “*Eso es un bisturí electrónico, tiene una cámara de televisión que puede usted meter por un agujero y quitarle la...*”. “*¿Cómo?*”. “*Y además, le puede usted quitar el corazón a uno y ponérselo a otro*”. Y el hombre se sorprendería muchísimo. Pero rescatemos a un profesor del siglo XIX, y en lugar de a un hospital llevémosle a un aula, donde podría ejercer su profesión. Y si le preguntamos: “*¿Esto qué es?*”. “*Esto es una escuela*” –nos diría sin dudar–. “*Mire usted, que le vamos a meter en una habitación. ¿Esto qué es?*”. “*Un aula*” –nos replicaría–. “*¿Y cómo lo reconoce usted?*”. “*Porque no ha cambiado nada, es todo igual*”. “*¿Y se atreve usted a dar clase?*” –le podríamos preguntar–. “*Mañana mismo, que me den mis apuntes, y empiezo a dictar...*”. Y empieza a dictar, y los críos rompiéndose las muñecas tomando apuntes.

Hoy existe Internet, existen los correos electrónicos, existen *webcam*, existen muchas cosas. Pero los críos siguen tomando notas rompiéndose las muñecas. “*¿Por qué?*” –podríamos preguntar al profesor–. “*Porque yo soy el depositario del conocimiento, yo soy el que sabe, y si no tengo esa posibilidad pierdo la autoridad*” –diría el profesor–. Y por mucho que Esperanza Aguirre nos quiera vestir a los profesores de guarda de la porra, nadie nos va a devolver la autoridad si nosotros creemos que somos los que sabemos. Porque ahora hay un aparato que sabe más que tú. Y claro, ese profesor del siglo XIX que se pusiera en la clase a dictar los ríos de España sólo tendría que hacer ligeras variantes, Guadalquivir ya hay cuatro en vez de uno. Pero bueno... tampoco es para volverse loco. Pero cuando empezara y terminase su clase,

¿cuál es el riesgo que podría correr ese profesor? Que un alumno se levantara, uno de los más decididos, y le dijera: *“Oiga, señor profesor, ¿y usted por qué se cree que sabe más que Google?, porque de lo que me ha contado hay dos millones y medio de páginas en Google, o en Yahoo. Por cierto algunas mucho más interesantes que lo que usted nos ha contado, más atractivas, pedagógicamente, más avanzadas, didácticamente excelentes, porque lo ha hecho otro grupo de profesores que ha ido ensayando, etc. Así que hemos perdido una hora, porque si usted nos hubiera dicho la página donde está nosotros lo leemos; parece que hemos perdido el tiempo.”* “Pues hombre, entonces que quiten el aparato” –podría ser la respuesta del profesor–. *“Que quiten el aparato, porque este aparato me va a volver a mí loco, me quita la autoridad”*, sin darse cuenta, el profesor, que hemos vivido mucho tiempo sin ese aparato, pero no podemos vivir nunca sin el profesor.

Es decir, podría desaparecer el aparato y seguiríamos avanzando, de una forma distinta y tal vez más lentamente. Pero, si desaparece el profesor estamos acabados. El profesor, para mí, sigue teniendo una trascendencia fundamental. Es fundamental. Lo que sucede es que su función debe cambiar, porque ya no es el transmisor único de la información. Ahora es el responsable, ni más ni menos –con la importancia que eso tiene–, de convertir la información en conocimiento. Y eso son palabras mayores, y sólo lo puede hacer el profesor. Transformar la información en conocimiento, y convertirse en la persona guía, el que sabe dónde están las cosas, qué cosas deben saber los alumnos y dónde se pueden aprender bien, porque Internet es un océano y hay que saber enseñar a pescar. De la misma forma que si uno va a pescar y le preguntan: *“¿Qué quieres pescar?”*. *“Sardinias”, “pues –te dice el patrón del barco- esta es la red de las sardinias, porque si tiras esa otra vas a traer tiburones. Para cada cosa hay una red”*. ¿Qué es lo que queremos saber?, ¿queremos saber esto?, pues esta es la red para pescar en Internet, en ese océano tan inmenso, que puede volver loco a cualquiera, salvo que haya alguien experto que sea capaz de transformar la información en conocimiento. Y eso sólo lo puede hacer el profesor.

3. EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN

El papel de los docentes ahora es mucho más importante que lo ha sido nunca, y adquiriría más autoridad si el sistema educativo fuera capaz de dotar a los profesores de este nuevo rol. Algo que en estos momentos no se está haciendo, dando lugar a una reiteración aparato-

hombre, o mujer, que conduce al fracaso, porque los alumnos, como he indicado, ahora tienen una forma distinta de informarse. Ya no quieren información unidireccional, ahora quieren ser juez y parte. Ya no es el periodista sólo el que informa. Ahora a uno le informa el periodista, le informa su amigo de Nueva York, le informa su hermano, su padre, etc. Y ahí es donde se gana la autoridad. Yo recuerdo cuando mi hija, con quince años, me dijo: *“tengo que hacer un trabajo de Cáceres ciudad monumental”*. *“Esta es la mía”*, –me dije yo–. *¡Con lo bien que yo conozco la ciudad monumental de Cáceres! Me voy a llevar a mi hija a Cáceres, le voy a enseñar aquello de verdad, la voy a llevar a comer, y su padre va a quedar como Dios delante de su hija”*. Y me dijo la niña: *“Yo es que la veo en tres dimensiones”*. Es decir, tenía más información de Cáceres que yo. Cosa que no ha ocurrido nunca antes. Entonces mi autoridad no la podía ya basar en que yo era el que más información tenía, mi autoridad la tenía que basar en otra cosa, y en otra forma de hacer las cosas. Eso es precisamente lo que hay que hacer ahora para que el sistema educativo resulte más atractivo y para que se puedan afrontar mejor los retos del siglo XXI.

¿Cuál es el problema? Los profesores universitarios saben que en todos los cursos se dice lo mismo desde hace... ¿quinientos años?: *“Este año los alumnos vienen peor preparados que nunca”* –se afirma–. Desde que yo era chico, se dice que vienen peor preparados que nunca. Siempre. Y claro, yo digo: *“pero, peor preparados, ¿para qué?”*. Porque uno puede estar bien preparado o mal preparado, depende para qué. Si es para jugar al fútbol, pues a lo mejor vienen muy mal preparados. Pero ¿qué importancia tiene eso? ¿Vienen peor preparados porque tienen poca información o vienen peor preparados porque no saben qué van a ser? Si tienen poca información es porque queremos. Me pregunto si llegará un día en que nos puedan poner un *chip* subcutáneo, al lado del oído, donde tengamos un ordenador que se pueda conectar con Google, con Yahoo, etc. Yo creo que sí. ¿Qué pasará con la Selectividad entonces? *“Dejen la cabeza fuera del aula, por favor”* –¿diría alguien?–. Es decir, entonces habrá que evaluar a los alumnos no por el conocimiento que tienen como información, habrá que evaluarles de otra cosa, porque nos hemos empeñado en que la memoria de los alumnos de hoy la tienen que dejar fuera. *“¿Usted qué quiere saber?, ¿dónde nace el Tajo?”*. Y lo pueden dar en tiempo real, clic y sale. Ninguno con los que yo estuve tomando un café hace unos días, que decían que los alumnos estaban peor formados, sabían dónde había nacido el Tajo. Y éramos todos de Extremadura. Así que, por lo visto,

nosotros estábamos bien preparados, pero no sabíamos donde nació el Tajo. Tampoco es que haga mucha falta...

Entonces, parece que la respuesta debería ser: "*Por supuesto que los alumnos tienen un nivel de información extraordinario, porque ahora disponen de una memoria ilimitada que hace posible que la gente tenga la información a su disposición por Internet en tiempo real*". Luego lo que tendríamos que buscar ahora ya no es evaluarles por la información que tienen, sino evaluarles para que cuando se les pregunte: *¿y usted para qué sirve?*", puedan dar unas respuestas adecuadas. Porque ahora sale mucha gente de la Universidad diciendo: *"oiga, que yo tengo aquí un papel firmado por el Rector que dice que yo puedo trabajar, así que ¿quién me contrata?"*. Pero yo le preguntaría: *"pero ¿usted qué sabe?, ¿usted para qué vale?"*. *"No, es que yo tengo aquí un papel que dice que yo sirvo para esto... y además tengo un currículum brillante"*, —podría responder el estudiante—.

No quiero desmoralizar a nadie, pero yo en veinticuatro años que ejercí una responsabilidad política nunca miré el *currículum* de nadie. Cuando a mí me mandaban un *currículum*, le decía a mi Secretario: *"Archívalo ahí con los currículums brillantes"*. Pero cuando venía uno y decía: *"yo sé cómo potenciar el turismo en Extremadura"*, pedía que lo mandaran a llamar, *"que venga"*. No sabía si tenía aprobados, suspensos, matrículas de honor, etc. Si además tenía matrícula de honor, mejor. Pero lo cierto es que en el mundo actual más vale una idea que un *currículum*. Este es un mensaje para los que están estudiando. Más vale una buena idea que un *currículum*. Con una idea brillante seguramente te pueden contratar, pero sólo con un buen *currículum* hay que ponerse a la cola, porque actualmente hay muchísimos *currículums* buenos. No quiero desmoralizar a nadie, porque si se tiene una idea brillante y un buen *currículum* mejor, estupendo. Pero lo que va a dar capacidad no sólo de contratar, sino de innovar, es que cada uno sepa para qué sirve. Y la escuela puede averiguar para qué sirve cada uno.

Recuerda Ken Robinson sobre los Beatles que fueron los grandes revolucionarios de la música *pop*, que en una escuela de Liverpool estaban en a mismo aula dos chiquitos. Y estuvieron cinco años, uno se llamaba Paul Mc Cartney y el otro George Harrison. ¿Les suena? Pues el profesor de música nunca se enteró que tuvo a la mitad de los Beatles en su clase durante cinco años. Nunca. Lo mismo podríamos decir sobre Corner. Corner ha sido el olímpico más laureado de la historia de Estados Unidos. Para el que no lo conozca es el marido de Nadia Comaneci, que fue la que consiguió un 10 por primera vez en los ejer-

cicios de barras. Pero el marido consiguió más medallas que ella. Muchas más. Nunca ha habido un atleta en Estados Unidos que haya conseguido tantas medallas. Y ese chico cuenta en su biografía que con cuatro años le dio por hacer el pino. Empezó un poquito. Después le mandaba la madre a por el pan e iba haciendo el pino. Subía a su dormitorio haciendo el pino; todo el día haciendo el pino. Y la madre, que por lo visto le quería un montón, porque si no le hubiera querido tanto no hubiera hecho lo que hizo, en vez de decirle: *“Corner, déjate de hacer el idiota y ponte a estudiar para ser alguien de provecho”*, pensó *“mi hijo tiene aptitudes para ser un buen atleta”*. Y se lo llevó a un gimnasio, y le dio a su país unas cuantas medallas, y un buen número de éxitos deportivos. Porque su madre le quería y no le dijo, como le dijeron a Elvis Presley: *“déjate de hacer el idiota con esas canciones y ponte a estudiar”*. Además lo echaron del coro de su escuela, porque por lo visto Elvis Presley desafinaba.

De acuerdo con todo esto, lo cierto es que si fuéramos capaces de averiguar cuál es la pasión y la vocación de los críos de tres años, hasta los dieciocho, estaríamos innovando de una forma decisiva para afrontar el futuro. Cuando comenzó el último curso académico estuvieron Los Reyes en Burgos para inaugurarlos y pude ver por televisión el acto de inicio del curso. El locutor de televisión les preguntó a los críos de tres años que estaban allí: *“¿qué vais a ser de mayores?”* Y los críos decían: *“rey”, “papa”, “astronauta”, “millonario”*. Y pensé que debería enterarme de quién es este locutor, y llamarle por teléfono y decirle: *“oye, apunta el nombre de los niños, quédate con sus direcciones, y cuando pasen veinte años y hayan terminado sus carreras, llámales otra vez a ver si te dicen que quieren seguir siendo lo mismo...”*. *“Lo más seguro es que te digan que quieren ser funcionarios”*. ¿Qué ocurre en ese tiempo en el que de “papá” se pasa a querer ser “funcionario” o de “Jefe de Estado” a “funcionario”? Pues lo que pasa es que han estado “educándose”. Lo cual no es extraño, porque estar sentados dieciocho años enfrente de una pared con una pizarra mata la imaginación del más pintado. Por muy brillante que la tenga. Y entonces llega el momento en que los críos, después de unos cuantos años mirando la pizarra y rompiéndose la muñeca tomando apuntes, deciden que aquello no les gusta. Además, nada más les enseñan de cabeza para arriba..., porque si se enseñara también de cabeza para abajo, es decir, si en nuestras escuelas, con la misma intensidad que enseñamos Matemáticas o Lengua, enseñáramos Música, Danza, Teatro, Cine, Arte, etc., habría mucha gente que descubriría su vocación y en

lugar de salir de nuestras escuelas unos *Newtons* fracasados saldrían algunos buenos directores de cine, buenos creadores, buenos diseñadores, etc. Pero eso no se lleva en la escuela. Y claro hay muchos críos a los que lo importante no les gusta. Y entonces se revuelven, se mueven, no atienden, no les gusta... ¡Porque aquello no les gusta!, porque no es su vocación.

Es como si cualquiera de nosotros tuviéramos una pasión loca, una pasión de veinticuatro horas al día, por Brad Pitt o por Angelina Jolie, y dijéramos: *“mi sueño sería casarme con esa persona”* –con una o con otra, porque los dos son guapos–. *Toda la vida queriéndolo... toda la juventud, toda la adolescencia. “Yo me casaría con ella, pero como no soy capaz me caso con el vecino del quinto que es feo de solemnidad, porque no llego yo a eso, no llego”*. Y claro, hasta puede ser un buen marido o esposa, pero ¿qué pasión va a poner esa criatura en eso? Pasión ninguna. Y esto pasa con nuestros estudiantes. *“¿Qué notas sacaste de Selectividad?”* –le preguntamos a alguien–. *“Nueve coma cuatro”* –nos dice–. *“Estudiarás Medicina, ¿no?”*. *“¿Por qué?”*, –nos dirá–. *“Hombre, pues tienes un nueve coma cuatro”*. *“No, es que a mí me gusta ser astrónomo”*. *“¿Con un nueve coma cuatro, astrónomo! ¡Medicina!”*. *“Es que la sangre me da miedo”* –nos dirá el joven–. *“¡Haz Medicina! ¿Cómo vas a tirar un expediente así por la borda?”* Y dice: *“¿Y por qué Medicina?”*. *“Porque tienes la salida profesional asegurada”* –le explicamos–. *“Pero no me gusta”*. *“Es igual”*. Y claro, todas nuestras Facultades de Medicina están llenas de los mejores expedientes académicos de España. Ocho coma cinco es la nota mínima para entrar. ¿Por qué? Porque oyen a los políticos decir: *“Se necesitan médicos polacos, checoslovacos, cubanos”*. *“¡Ah!, se necesitan..., pues entonces yo me apunto”*. *“¿Te gusta?”*. *“No, pero yo me apunto, porque así ya tengo mi vida resuelta”*. Y viceversa, ocurre lo mismo: *“¿Tú qué tienes?”*. *“Un cinco coma dos”*. *“¿Qué te gustaría estudiar?”*. *“A mí medico, pero como no puedo...pues hago no sé qué”*.

Así que entre aquellos a los que les gustaría ser una cosa pero no pueden, y aquellos que hacen otra cosa pero no les gusta, ¿qué pasión se le va a poner a la vida?, ¿quién va a inventar?, ¿quién va a innovar algo? Podremos tener buenos profesionales, pero ¿innovar?. ¿Pasarse dieciséis horas en un quirófano para ponerle a uno la cara de otro? Eso sólo lo hacen los que han descubierto cuál es su pasión, cuál es su vocación, cuál es su actitud. Y, si es así, después en la Universidad les daremos los conocimientos científicos precisos para que su pasión pueda tener una base científica. Si no es así estaremos sacando gente con títu-

los universitarios brillantes, pero con la misma actitud que su abuelo cuando no hacía ni siquiera primaria y decía: “*Estos son mis brazos, ¿quién me contrata?*” Ahora salimos diciendo: “*Este es mi cerebro, ¿quién me contrata?*”.

¿Cuál es la actitud?, la misma. ¿Qué ha cambiado? Nada. Hemos gastado el dinero tontamente, porque la gente sale con la misma actitud que antes. En un país donde, además, se cree poco en la formación y en la innovación. Todo el mundo habla de la innovación, hasta hay una Ministra de Innovación. Menudo éxito ha tenido la palabra, que hasta tenemos un Ministerio de Innovación. Pero no se cree nada de esto. El único periódico digital de verdad que se había lanzado en España en los últimos tres años, de verdad, no un analógico trasladado a la Red, se llamaba *Soitu.es*. Hace unos meses, ha cerrado. Y no ha habido un plan de rescate. Hay planes de rescate para coches, para viviendas, para bancos, pero para las ideas no los hay, a pesar de que estamos en el siglo de las ideas, de la inteligencia.

4. GANAR O APRENDER

Un teléfono móvil sólo tiene inteligencia. La carcasa no vale nada. Prácticamente te lo dan los domingos gratis cuando vas con el carrito a por los periódicos, o mejor dicho a por los vídeos con unos periódicos que te dan al lado. La carcasa del teléfono no vale. Lo que vale es la inteligencia que tiene incorporada. A alguien se le ocurrieron los *sms*, y lo transformó en impulsos eléctricos, lo metió en una tarjetita..., que es lo que vale. Lo otro no vale nada porque la sociedad industrial está terminada y la base de la economía futura ya no será la misma que en la sociedad industrial. El producto manufacturado se ha acabado como base de la economía. Entren en una subasta de Internet. Nunca en la historia de la humanidad se ha producido una subasta a la vista de quinientos millones de seres humanos. Nunca. Así que uno subasta un micrófono y hay quinientos millones viéndolo. Entre esos quinientos millones, ¿habrá por lo menos cien que tengan un micrófono mejor? Yo ofrezco cien euros, y otro cincuenta, y otro veinte, y otro cinco... Llegará el día –prácticamente ya está llegando– en que las cosas costarán cero euros. Las podremos conseguir en Internet casi por cero euros.

¿Dónde estará el negocio entonces? En el servicio que te voy a prestar por ese micrófono que adquieres. ¿Por qué te regalan los teléfonos móviles? Porque lo que da valor es el servicio que se presta con el teléfono. Es decir, la inteligencia que tiene incorporada el teléfono,

la formación, la capacidad de innovar. Eso es lo que nos va a facilitar afrontar los retos de este siglo. Pero para ello tiene que cambiar no solamente el alumno, no solamente el profesor, sino toda la sociedad. ¿Por qué al que de verdad ha tenido vocación, ha descubierto su aptitud, su pasión, se ha formado, ha hecho la carrera, le pedimos también un doctorado, un máster, etc.? Y con treinta años dice: *“Ya tengo aquí el Eureka, lo he conseguido y voy a hacer el sueño de mi vida, porque aunque nadie me va a contratar... me voy a contratar yo”*. Se va a su casa y le dice a su padre o a su madre: *“Oye, necesito quince mil, veinte mil euros, porque tengo la idea, el sueño de mi vida, y lo voy a cumplir”*. *“Vete a la Junta de Extremadura”* –le dicen sus padres–. *“Si fuera para casarte, sí. Pero para el sueño de tu vida...; si fuera para la boda, lo que haga falta, pero para el sueño de tu vida, vete a la Junta de Extremadura”*. Y entonces el joven se va a una ventanilla, donde hay alguien que le dice: *“¿Y dónde está el aval? Vaya usted a la Caja de Ahorros”*. Y en la Caja de Ahorros hay un tío en una ventanilla, que sigue en la sociedad analógica desde hace tiempo, y le dice: *“¿Cómo?”*. El joven dice: *“Mire usted, es que yo tengo un sueño”*. *¿Y si no se cumple el sueño quién me paga el crédito?”* –le replican en la Caja–. *“¿Si fuera para ladrillos...?”*. Pero ahora ni para eso. *“Si fuera para ladrillos sí, porque aquí vale más un ladrillo que el sueño de un joven formado y preparado”*.

Hay jóvenes formados y bien preparados que han conseguido el sueño de su vida, que se puede convertir en una gran riqueza para el país. Google se descubrió por tres jóvenes, en la Universidad de Stanford. Pero a este joven no le va a acompañar nadie y le exigimos encima que se haga empresario. ¡Eso no puede ser! O sea, *“¿Encima que tengo la idea –se dirá el joven– tengo que buscarme yo la financiación, hipotecar mi casa, la de mi padre, y la de mi abuelo? Que se olviden de los seis años de investigación, no quiero líos”*. Y si acaso le dan financiación le dicen: *“Y ahora, haga usted una empresa”*. *“¿Cómo?”*. *“Y todos los veinticinco de cada mes pensando a ver si puedo pagar la nómina”*.

Así que tendríamos que intentar unir el sueño, la financiación y la comercialización del sueño. La transformación de la patente en valor, en riqueza. Pero uno va ahora a una sociedad de capital-riesgo de las muchas que hay, y te piden más garantías que si vas a comprarte un coche. El joven se dice entonces: *“¿Dónde está el riesgo, amigo?, ¿por qué se llama usted sociedad de capital-riesgo?, pero riesgo no corre ninguno, me pide más avales y más garantías que si fuera para com-*

prarme un piso o un coche". Entonces bastante mal van a poder funcionar las cosas.

Por ello, deberíamos ser capaces de tener un sistema educativo diferente, en el que lo que prime ya no sea la información, en el que el profesor sea la pieza fundamental para poder darle conocimiento al alumno a través de esa gran masa de información que existe hoy en el mundo, y en el que seamos capaces de utilizar mejor la vocación, la pasión de la gente. En unos momentos donde el mundo está globalizado, donde ya no existen distancias, donde ya no hay centro ni periferia, donde las tecnologías están al alcance de todos. ¿Quién podría hacer ahora un periódico como *El País*? Sólo Polanco, porque ninguno seríamos capaces de reunir ni siquiera un 0,1 por ciento de lo que valdría un periódico así. Pero hoy se puede hacer un periódico digital, porque la tecnología requerida para ello es baratísima. Y la estructura organizativa está descentralizada. No es necesario hacer grandes mastodontes de edificios, etc. Está todo al alcance de todos, la materia prima ya no es el acero, ni el agua, ni el carbón. La materia prima ahora es la inteligencia y la inteligencia corresponde por igual a toda la humanidad.

Este es el desafío en el que nos tenemos que embarcar. Ahora todo el mundo puede ser líder, todo el mundo debería ser líder, cada uno en su sector, si es capaz de entender la sociedad que en estos momentos tenemos. Tenemos una sociedad de oportunidades y de riesgos. Pero los riesgos ahora son mínimos. Menores que antes, en la sociedad industrial, la que se nos está yendo y casi nadie se entera. Esa es la gran crisis. Si salimos de esta crisis por el mismo sitio que entramos, dentro de tres años volveremos a caer en una nueva crisis, porque esa sociedad ya es pasado, y ahora tenemos la oportunidad de ir por otros derroteros, de aprovechar las nuevas potencialidades y capacidades. *"Tenemos la generación mejor preparada de la historia"* –dicen algunos políticos–. Y es verdad que es la mejor preparada, pero nadie parece dispuesto a apostar un euro por la osadía, por el riesgo. Ahora el riesgo es mínimo.

Antes, en la sociedad industrial, tú ponías un negocio y era ganar o perder. Ese era el riesgo. O ganabas o perdías. Ahora es ganar o aprender, como en un laboratorio. En un laboratorio nunca se pierde. Si fracasas no has perdido nada, porque has acumulado conocimiento. Y pueden decir: *"Ya sé que esto con esto explota, ya sé algo más que no sabía antes. Por eso ahora sabes que trabajando en Red con muchísima gente eres capaz de encontrar la fórmula que antes sólo no encontrabas"*.

José Félix Tezanos
Thomas Fingar
Gustavo Suárez Pertierra
Robert Matthews
Antonio Alaminos
M^a Rosario Sánchez Morales
Juan José Villalón
Verónica Díaz Moreno
Adolfo Castilla
Antonio Pulido

Thierry Gaudin
Eduardo Martínez de la Fe
Rafael Calduch Cervera
José Antonio Díaz
Sebastián Dormido Bencomo
José Luís García López
Juan Freire
Antoni Gutiérrez-Rubí
Juan Carlos Rodríguez Ibarra

INCERTIDUMBRES, RETOS Y POTENCIALIDADES DEL SIGLO XXI: GRANDES TENDENCIAS INTERNACIONALES . Esta obra

recoge los textos revisados de las ponencias presentadas en el Undécimo Foro sobre Tendencias Sociales que tuvo lugar en Mérida (Badajoz) los días 11, 12 y 13 de noviembre de 2009, y forma parte de una serie de publicaciones orientadas a difundir los resultados más significativos de las investigaciones realizadas por el Grupo de Estudio sobre Tendencias Sociales (GETS).

El siglo XXI se presenta como un período apasionante de retos y potencialidades, que no están exentos de riesgos e incertidumbres. En este volumen se abordan tres grandes cuestiones: 1) Las grandes tendencias de las sociedades del siglo XXI, 2) Las potencialidades y oportunidades de la revolución científico-tecnológica y 3) Los principales escenarios del siglo XXI, tal como son anticipados por los expertos y por la opinión pública.

ISBN 84-86497-78-1



9 788486 497781

PVP: 42,00 €

EDITORIAL SISTEMA